

La obra de Preston es una decisiva aportación a la historiografía de la España contemporánea escrita con pasión y objetividad cualidades en absoluto incompatibles como suele pretenderse desde ciertos sectores que todavía confunden objetividad con imparcialidad. Preston es objetivo, pero no es imparcial. ¿Acaso se puede ser imparcial con un dictador? Preston no sólo no niega los escasos méritos y cualidades de Franco sino que se esfuerza en encontrarlos a diferencia de los panegiristas más obtusos del general que llegan hasta el extremo de negar que fuera un dictador.²⁴

La fácil pluma de Preston, cualidad verdaderamente digna de agradecer, nos conduce con amenidad a través de nuestra historia más inmediata sin cansarnos ni agotarnos. Preston nos ofrece, además, un variado y conseguido retrato de personajes ilustres del franquismo sin los cuales no podríamos comprender cabalmente lo que el régimen del general ha supuesto para los españoles, y lo hace combinando con sagacidad información y opinión.

Con todo, a mi juicio, la cualidad más relevante del estudio de Preston es la de demoler contundentemente, uno a uno, los mitos más persistentes y contumaces del franquismo que su propaganda de guerra se encargó de infundir hasta el delirio en las indefensas mentes infantiles.²⁵

Lo realmente paradójico, políticamente nada inquietante pero ideológica y culturalmente deprimente, es la persistencia en el tiempo del arraigo del «mito Franco» en tantos ciudadanos de la España democrática actual. Confíemos en la sabia máxima de Manuel Azaña: «La escritura: lucha de la inteligencia contra el tiempo», y esa es la auténtica y definitiva victoria sobre Franco.

Alberto Reig Tapia

TORTELLA, Gabriel. *El desarrollo económico de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Universidad Textos, 1994, 429 pp. con cronología e índice alfabético.

En términos relativos con la situación existente en otros países, en especial los anglosajones, los historiadores económicos españoles hemos venido dedicando una escasa atención a la elaboración de textos para cubrir las necesidades docentes de la disciplina y a divulgar entre un público amplio el resultado de nuestro trabajo. A pesar de la importancia de la economía para la comprensión rigurosa del pasado; de la historia económica para entender el presente y de los

²⁴ Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, «¿Franco, Dictador?», en *Fundación Nacional Francisco Franco «El legado de Franco»*. Azor. Madrid, 1993, pp. 165-182.

²⁵ Véase al respecto el delicioso libro de Andrés SOPEÑA MONSALVE, *El florido pensil. Memoria de la escuela nacionalcatólica*. (Prólogo de Gregorio Cámara Villar) Crítica. Barcelona, 1994.

sustanciales avances de la investigación durante los últimos años, las sucesivas generaciones de estudiantes de las facultades de económicas o de historia y, más en general, los interesados en conocer el pasado económico de España durante la época contemporánea, han debido suplir esta carencia acudiendo a soluciones, casi siempre imaginativas, pero no necesariamente óptimas para el fin perseguido.

Es cierto que no han faltado lúcidas síntesis interpretativas de carácter regional y sobre problemas, o etapas, cruciales de la trayectoria seguida por la economía, ni tampoco textos de divulgación (algunos de ellos muy poco rigurosos). Pero también lo es que desde hace ya muchas décadas; desde que Vicens Vives publicara su *Manual de historia económica de España*, la historia de la economía no contaba con una obra homogénea de calidad que abordara el conjunto de la época contemporánea (ni tampoco las anteriores). Un compendio integrador del conjunto de los dos últimos siglos, que a su utilidad docente, sumara una reflexión sobre los logros y las limitaciones del desarrollo económico español; incorporara los resultados de la investigación reciente; subrayara nuevos problemas y destacara las cuestiones aún no resueltas. Y ello a pesar del acuerdo prácticamente general de la aplicabilidad textual a la situación española de las ya antiguas afirmaciones realizadas por Marc Bloch sobre la historia agraria francesa: «en el desarrollo de una disciplina, hay momentos en que una síntesis es mucho más útil que muchos trabajos concretos de análisis».

El desarrollo económico de la España contemporánea de Gabriel Tortella, escrito con el doble objetivo de «introducir al estudiante en los problemas básicos de la Historia económica de la España contemporánea» y hacer «reflexionar a mis colegas acerca de algunas posibles interpretaciones de la realidad histórica» desde la óptica de la economía, cubre esta reconocida laguna. Y lo hace, además, con una habilidad difícil de igualar. Un rasgo no sorprendente dado que a la indiscutible y reconocida competencia académica de su autor, cuya última prueba es la obtención del premio «Rey Juan Carlos I de Economía», éste suma una insuperable capacidad para abordar el análisis de problemas globales —aquellos, como señaló Toniolo, que las sociedades no pueden dejar de plantearse—, describiéndolos de forma comprensible para un público no especializado.

El resultado es un texto que, además de estar magníficamente escrito, mantiene un equilibrio constante entre los dos objetivos enunciados. Por un lado, recoge los principales elementos de la historia española tanto para el siglo XIX como el siglo XX ordenados por temas, (con una estructura muy similar para ambos períodos y con unos análisis sintéticos de algunas cuestiones —como el comercio exterior en el XIX o el papel de la agricultura, por mencionar sólo dos, magistrales—), incorporando los resultados de las investigaciones realizadas en los últimos años no conocidas fuera de los círculos de especialistas y explicados con un lenguaje inteligible para aquellos con conocimientos limitados de historia o de economía. Y por otro, simultáneamente, va planteando nuevas tesis, hipótesis, e interrogantes para fomentar la reflexión y el progreso de la investigación.

En uno y otro caso Gabriel Tortella ha optado en un buen número de ocasiones por una aproximación novedosa dentro de la tradición española, incorporando el legado de conocimientos de la investigación nueva, y ofreciendo alternativas a

algunas de las limitaciones de la explicación hasta ahora dominante. Lo cual añade un nuevo mérito al libro, al convertirlo en una propuesta explícita de interpretación, algo necesariamente polémico, alejándolo por este motivo de los manuales al uso en otros países o disciplinas sin por ello dejar de ser un manual.

En ninguno de los dos terrenos puede esta nota, breve por definición, recoger la totalidad de los logros del libro. En relación con su valor como texto introductorio, sin embargo, no es posible dejar de subrayar uno de los hechos más evidentes, y que es posible que cause sorpresa, e incluso incomodidad, en una primera lectura: el análisis del siglo XX como un todo continuo, dividiendo los capítulos por temas, en lugar de abordar la centuria a partir de los períodos históricos más destacados. Un enfoque, este último, mayoritario hasta hoy que, unido al limitado, aunque creciente, interés de los historiadores por el franquismo y a la todavía menor conexión, como el propio libro señala, entre las conclusiones de los estudios sobre la evolución anterior y posterior a la Guerra Civil, han motivado desconexiones en el análisis global de la trayectoria económica del siglo y también inconsistencias en la visión dominante de su primer tercio dificultando la comprensión de los dos siguientes.

En mi opinión, esto tiene su origen, entre otras cuestiones, en que en todos los países en que la consolidación de la sociedad industrializada ha tenido éxito, ésta ha sido un fenómeno de largo plazo, nunca de una duración inferior al medio siglo. Lo cual hace que la explicación rigurosa del proceso en el caso español sea incompatible con la utilizada expresión de «la industrialización de los años sesenta» y de la interpretación que de ella se deriva. Siendo España uno de los escasos territorios que, en el siglo actual, ha logrado, con todas las limitaciones que se quiera, culminarlo, era contradictorio con la lógica económica, y con los propios hechos históricos, evaluar —como las series de Albert Carreras demostraron y los más jóvenes empiezan tímidamente a subrayar— la evolución anterior a 1939 como un sumatorio formado exclusivamente por desaciertos. En este terreno, y desde la perspectiva actual, la influencia del resultado de la Guerra Civil o la propia violencia de los enfrentamientos sociales de los años treinta, han desempeñado, como he insinuado, un papel distorsionador sobre la investigación que es necesario reconocer para integrar la etapa posterior en el análisis.

Frente a este planteamiento tradicional, y en la línea de los trabajos de Albert Carreras y Leandro Prados de la Escosura, Gabriel Tortella ha optado por destacar los rasgos dominantes de la evolución de largo plazo, realizando una ingente tarea de síntesis hasta el momento inabordable, para analizar la evolución económica del siglo incorporando las décadas del franquismo y la evolución económica posterior hasta la integración de España en la Comunidad Europea. Este rasgo del volumen facilitará, sin duda, el cubrir un período más amplio en la docencia de las asignaturas de historia económica. Pero sobre todo, con este enfoque, y el estudio de los principales hechos económicos desde este nuevo punto de vista, el siglo XX aparece iluminado por una perspectiva más completa y rigurosa, y no por ello contradictoria con la anterior: la del crecimiento sostenido desde 1900, más modesto al comienzo, más rápido después, sólo interrumpido entre 1930 y 1950 por «las largas vacaciones» derivadas de las consecuencias de la Gran Depresión

de los años treinta, la Guerra Civil y los desastrosos efectos de la política económica aplicada tras ella. Y ello sin necesidad de recurrir a falsos puntos de referencia para mantener esta perspectiva: porque todavía nadie ha explicado quién, dentro de la historia económica española, ha defendido con rigor en los últimos veinte años la existencia de una economía inmóvil, arcaica y rural, a la que todavía demasiado a menudo se recurre cuando se pretende subrayar hasta la exageración la trascendencia de los cambios.

Un crecimiento compatible con la existencia de coyunturas adversas o con la pervivencia y/o surgimiento y consolidación de múltiples factores relevantes de atraso relativo, lo cual impide cualquier explicación simplificada y monocausal del mismo. Una combinación entre luces y sombras que explica, al tiempo, la incorporación de España al grupo de países industrializados y el que ésta no haya llevado pareja la desaparición de obstáculos muy destacados a la convergencia real de sus niveles de producto por habitante con el de las economías más avanzadas dentro de la Unión Europea. A este respecto quizá no esté de más insistir, dada la pretensión de algunos de equipararla a todos los efectos con éstas, en dos hechos relevantes. Dos de los muchos que podrían mencionarse para demostrar que España no sólo sigue ocupando los lugares de cola dentro de los niveles de desarrollo de la Unión Europea sino también, si se coincide con el diagnóstico final de Gabriel Tortella, con limitadas expectativas, —«con relativo pesimismo» es su expresión— de abandonar esta posición en el medio plazo.

En primer lugar que, a pesar de este proceso de crecimiento, España tiene desde hace decenios, tomando su nivel como base, una renta por habitante situada en torno al cincuenta/sesenta por ciento de la de las naciones más desarrolladas. Así, en 1991, (a precios de 1985 y en PPP) Italia tenía un PIB por habitante un 35% más elevado que el de España; Francia un 45% y Alemania un 57%. Y en segundo lugar, dada la importancia de la educación en el desarrollo destacada por el libro, permítaseme señalar un dato educativo: en el mismo año, y frente a la situación dominante en estos países más avanzados, en donde en torno a un 40% de la población tenía nivel de estudios secundarios, en España el porcentaje era del 12%, mientras el 78% de sus habitantes tenía sólo estudios primarios frente a una media del 45% para la OCDE.

Al margen de estos hechos, y si como introducción a la evolución histórica de la economía española, la obra tiene innumerables méritos para convertirse en el libro básico para las próximas generaciones, su interés desde la perspectiva de estimular el debate o la investigación es, incluso, superior. Tampoco en este terreno es posible recoger aquí la totalidad de las aportaciones del libro y, menos todavía, las sugerencias que éstas provocan al integrar en una explicación unitaria los avances de la investigación tanto del propio autor como de otros historiadores económicos. Ni siquiera llegar a mencionar todas las primeras sin el riesgo de olvidar gran parte de ellas. Del desarreglo fiscal a la trascendencia de la educación en el crecimiento; del factor empresarial a los efectos de la política económica del franquismo sobre la etapa final de la industrialización o de los orígenes de la decadencia española a las causas y el papel del atraso agrario, el libro está lleno de nuevas tesis y de sugerencias para articular una nueva agenda de investigación de

la historia económica española que consolide una interpretación, menos «españolocéntrica» y más acorde con los hechos históricos hoy conocidos.

Una nueva interpretación que, al integrar los progresos de la investigación, sustituya a la quizá hoy todavía mayoritaria, dominada por anomalías (en el sentido utilizado por Lakatos) cada vez más evidentes. La cual, entre otros aspectos relevantes, nos presenta implícitamente a una España a comienzos del siglo XIX en pie de igualdad con otros países más avanzados para emprender el proceso de industrialización, y explícitamente a una economía expoliada por el capital extranjero y con una trayectoria dominada exclusivamente por problemas de demanda. Y una nueva agenda, algunos de cuyos elementos, el capital humano y el comportamiento empresarial son dos excelentes ejemplos, empiezan a ser considerados vitales por el conjunto de los historiadores económicos españoles, en parte por el esfuerzo previo del autor de *El desarrollo económico de la España contemporánea*, sin que ello implique la existencia de homogeneidad en los enfoques juzgados idóneos para abordar su estudio.

Esta importancia del contenido del libro no sólo como articulador de una nueva interpretación o introductor a la historia económica, sino como texto básico para sugerir hipótesis de investigación queda demostrado en numerosas ocasiones a lo largo del mismo. Elegiré para mostrarlo tres ejemplos interrelacionados, vinculados a la intervención pública en la economía, sin duda uno de los aspectos en donde Gabriel Tortella se muestra más taxativo en sus conclusiones: i) las causas de las diferentes trayectorias económicas de los siglos XIX y XX; ii) el papel desempeñado por el proteccionismo arancelario y iii) la evaluación histórica del franquismo desde el punto de vista económico.

En relación con la primera, el autor explica que, frente a la centuria anterior, el siglo XX «es el del rápido crecimiento» dentro del patrón latino y que, comparada con la media de Europa occidental «España se retrasa en el siglo XIX y recupera terreno en el XX» (p. 200). Si como defiende, existen claras discontinuidades en torno a 1900 en las variables demográficas, y más modestas en las monetarias, bancarias y de comercio exterior «y también en la estructura de la demanda con efectos, al menos, sobre la construcción» (p. 263), uno de los retos inmediatos para los historiadores económicos españoles es explicar sus causas, concretando la trascendencia macroeconómica de estas discontinuidades, y articular una respuesta a este interrogante vinculada a la recuperación del atraso relativo y compatible con la evidencia de un creciente intervencionismo (no sólo arancelario) del sector público desde finales del XIX.

Como en otras muchas ocasiones a lo largo de las más de cuatrocientas páginas del texto, el desafío es expuesto con franqueza por el autor (pp. 200-202) reconociendo que «por desgracia, no nos encontramos en condiciones de dar una respuesta totalmente satisfactoria (para evaluar la trascendencia de las discontinuidades)». Aunque sólo sea avanzar posibles interpretaciones parciales, el trabajo de doctorado de Concepción Betrán demuestra que una explicación coherente no podrá desligarse de las repercusiones en España del proceso de «coherimiento tecnológico» vinculado en gran medida a la difusión de la energía eléctrica a partir de 1913. El cual, como Gabriel Tortella insinúa al mencionar la importancia de

la tecnología (p. 256), habría permitido avances sustanciales en la productividad, y puesto en funcionamiento un mecanismo de generación de demanda (en la medida que las reducciones de costes unitarios fueron trasladadas sobre los precios) acelerando la diversificación industrial y contribuyendo a aumentar en la economía española lo que Abramovitz denomina capacidad de absorción tecnológica. Y todo ello, con independencia de la evolución del sector agrícola y de su importancia como mercado.

Como es fácil advertir, ello está directamente vinculado al segundo de los aspectos señalados: los efectos del proteccionismo arancelario. Un nutrido grupo de investigadores han venido insistiendo en los últimos años en la existencia de una protección en el siglo XX menor de lo que se había creído hasta hace poco. Los resultados de estas aportaciones, hasta el momento parciales, quedan situados en el libro en un marco más general de defensa del libre comercio como política económica óptima para el fomento del crecimiento y de valoración negativa de la intervención (en p. 257 por ejemplo). Una posición, defendida con contundencia en base a los argumentos bien conocidos: «la protección como sistema permanente tiene dos graves defectos: en primer lugar, es injusto; en segundo lugar, es ineficiente» (p. 168).

Pretender descifrar esta contundencia y qué se entiende por «permanente» supone incurrir en un elevado riesgo de equivocarse. Es difícil, sin embargo, dejar de preguntarse en qué medida el rechazo implícito al argumento de la protección a la industria naciente, al no considerar su posible validez en algunas etapas de la historia española contemporánea, y, como contrapartida, la confianza en la capacidad de optimización del mercado, sin referencias a las restricciones en la movilidad de los factores; los costes, o la asimetría, de la información o el lapso temporal necesario para asegurar el funcionamiento de los rendimientos crecientes, no es vinculable a dos hechos diferentes de la propia posible validez del argumento. En primer lugar a las opiniones iletradas de algunos economistas e historiadores citados, en parte, en el texto. En segundo lugar, y quizá sobre todo, a la brutal, discrecional e ineficiente distorsión en la asignación de los recursos de gran parte de la política económica del franquismo, iniciada ya en el período de entreguerras, y de sus efectos sobre la concepción asistencialista del Estado dominante hoy en la sociedad española mencionada, aunque vinculada a nuestro fracaso didáctico como economistas al explicar que «no hay almuerzos gratis», en la página 350.

Porque, si bien tanto teórica como históricamente el proteccionismo permanente es indefendible, tampoco parece existir evidencia para sostener que toda intervención —incluida la protección arancelaria— provoque siempre pérdidas de eficiencia. En el terreno teórico, la práctica totalidad de las aportaciones recientes más relevantes sobre crecimiento demuestran que en presencia de rendimientos crecientes, habituales por otro lado en la industria, la intervención puede desempeñar un papel de primer orden en una economía para escapar del estado estacionario y fomentar la industrialización. Y en el terreno de la historia, cabe subrayar que los países que han conseguido consolidar la sociedad industrializada (de Estados Unidos a Corea del Sur pasando por el caso español) sin la ayuda del sector público son la excepción.

Parece, por tanto, urgente, como el libro sugiere al constatar la contradicción de que en la segunda mitad del siglo XIX el comercio exterior aumentara considerablemente a pesar de lo elevado de los aranceles (p. 175) o que la economía creciera de manera sostenida en el primer tercio del XX a pesar del fuerte proteccionismo (p. 309), llegar a conocer cuál fue la evolución de la protección real a lo largo del período y cuál su estructura; cuáles fueron los factores diferenciales respecto a la política económica de otros países que dificultaron un crecimiento mayor y cuáles los que hicieron posible que éste se acelerara hasta conseguir la incorporación de España al reducido grupo de países industrializados. Porque si bien es cierto que la adopción de medidas de intervención no asegura el éxito del proceso industrializador, también lo es que la puesta en práctica de políticas de signo inverso (del tipo de las adoptadas con el Plan de Estabilización de 1959) tampoco han demostrado tener efectos unívocos, incluso en fases de rápido crecimiento de la economía internacional.

Ello se relaciona directamente con el tercero de los aspectos mencionados: la evaluación económica del franquismo, bajo cuyo régimen la economía española finalizó su proceso de industrialización. Como muestra el libro, la década de los años cuarenta tuvo costes económicos muy elevados provocados en gran medida por «el intervencionismo casi asfixiante» (p. 349). Y, en general, las directrices económicas del régimen dictatorial se encuentran en la base de algunos de los desequilibrios más graves que perviven en la actualidad. La comparación contrafactual con un marco político democrático y con Italia como punto de referencia, realizada por Gabriel Tortella es persuasiva para demostrar los negativos efectos de la Dictadura sobre la economía y el nivel de renta de los españoles.

Pero ello no puede llevar a ignorar, como el libro destaca, que a partir de 1950 la economía creció de forma sostenida y desde 1959 hasta 1973, a tasas relativas espectaculares. Y sin embargo, la intervención o la discrecionalidad, el marco dictatorial en una palabra, aun cuando se moderara, no desapareció. En opinión del autor, son tres las principales razones que explican la coexistencia de grados elevados de intervención con un fuerte crecimiento: a) la vitalidad e inercia de un proceso de desarrollo anterior; b) ciertas ventajas de las economías fuertemente intervenidas que acepten un cierto funcionamiento del mercado y c) la influencia positiva de la economía internacional. Esta superioridad relativa de las economías intervenidas podría resumirse en las ventajas que tiene para los agentes que invierten un marco laboral estable y reprimido, un sistema impositivo indulgente y un mercado interior cautivo (p. 206).

Ahora bien, si la economía creció —y lo hizo con rapidez— no pudo ser exclusivamente por factores de oferta: los empresarios invierten cuando tienen expectativas de obtener beneficios debido a que existe demanda para sus productos. Y si el crecimiento del consumo interno desempeñó un destacado papel en el aumento del producto durante esta etapa, tuvieron que producirse cambios relevantes en la renta disponible de sectores amplios de los españoles ya que un aumento del empleo con salarios bajos por el control autoritario, por sí mismo, no puede explicar un cambio estructural de la economía. Un hecho no fácil de aislar de al-

gunas medidas adoptadas por el régimen (otra cosa es si voluntariamente para consolidar su legitimación u obligado por las circunstancias).

De ahí que el análisis de estos decenios contenido en *El desarrollo económico de la España contemporánea* sugiera de forma directa un amplio conjunto de hipótesis para la investigación, cuya contrastación nos haría comprender mejor los mecanismos internos del crecimiento de la etapa final de la industrialización española, separando los vectores de la actividad pública que la obstaculizaron y/o que determinaron la gravedad de las dificultades posteriores, de aquellos otros que, con independencia de la voluntad del régimen, la pudieron favorecer. De entre éstas últimas, a las que quizá por el riesgo de que su esbozo se confunda con algún tipo de benevolencia con la Dictadura se les ha prestado menos atención en la historia económica española, desearía esbozar dos vinculadas a los posibles factores explicativos del espectacular aumento del consumo que tuvo lugar entre 1958 y 1973 a pesar de la fuerte represión sindical. Las cuales, además, no son incompatibles con la realización de ejercicios contrafactuales a partir del supuesto de que los efectos positivos hubieran sido superiores en ausencia de un marco político y económico dictatorial. Pero parece previo explicar con rigor por qué se creció, antes de pasar a considerar si se hubiera podido crecer más y con menores desequilibrios en una situación alternativa.

La primera hipótesis se refiere al efecto decisivo de la ausencia de restricciones graves en la Balanza de Pagos y en la estructura de la protección arancelaria, que, al permitir la importación de bienes de equipo, hicieron posible en algunos sectores aumentar la productividad de forma espectacular y, con ello, facilitar salarios más elevados que dieran lugar a la estructura de consumo vinculada a bienes de elasticidad y renta elevada. Un mecanismo de crecimiento autalimentado similar al planteado hace ya años, en el terreno teórico, por Lance Taylor en su clásico trabajo sobre la imaginaria Belindia (Bélgica e India), que, de cumplirse en España, permitiría explicar parte del crecimiento del consumo interno.

Y, respecto a la segunda hipótesis, también relacionada con el incremento de esta variable, y aunque la información cuantitativa para contrastar la hipótesis no parece abundante, la lectura de las páginas que Gabriel Tortella dedica al auge de la industria del automóvil, «una sorpresa para unos y para otros» (p. 284) invita a plantear en qué medida durante los años sesenta y vinculada a la tímida reforma del sistema financiero, no se produjo en España una «revolución de los consumidores» similar a la estadounidense de los años veinte. En cuyo caso, la expansión de formas de financiación aplazada de bienes de consumo duradero, en las que el propio bien es la garantía —las conocidas «letras»— habría permitido, tal vez, determinar el consumo de las familias no sólo en base a la renta permanente (pasada), sino también a la renta esperada.

Al partirse de niveles de consumo bajos; existir una fase de expansión por los efectos de la liberalización del 59 y al ser, como resultado del paternalismo del régimen, la estabilidad laboral elevada, ello habría generado crecimientos de la demanda de este tipo de productos mucho más destacados y sostenidos que los deducibles de los niveles de renta disponible. A lo cual podría incorporarse, el es-

tudio de los posibles efectos positivos de la reducción del ahorro por motivo de precaución ante la difusión de un sistema sanitario público y otros elementos de la Seguridad Social desarrollados por el régimen.

Como intentan mostrar estos ejemplos, entresacados de entre los muchos que podrían plantearse, nos encontramos ante un libro útil, polémico y sugestivo para la Historia Económica en España. Es útil al ser una síntesis interpretativa de la trayectoria histórica de la economía española durante los últimos dos siglos a la que se han incorporado el grueso de los resultados de los avances en la investigación de los últimos decenios. Es polémico por que su autor no ha evitado la explicitación, incluso contundente, de los axiomas de los que parte, articulando la estructura narrativa a partir de ellos. Y es sugestivo por cuanto la combinación de los dos rasgos anteriores determina, implícitamente en ocasiones y de manera explícita en otras, cuáles son los interrogantes a responder y cuáles las investigaciones pendientes para confirmar o rechazar las respuestas que el libro ofrece.

En un apasionado escrito, Manuel Moreno Friginals defendió que cada generación debe repensar la historia y que el punto de partida de esta labor es el presente ya que «siempre nos proyectamos del hoy al ayer, sin que ello suponga la aceptación de la historia como presente a la manera idealista de Benedetto Croce». En ese sentido, la función de este libro como punto central de referencia de la nueva reflexión realizada desde este fin de siglo, acerca de los últimos doscientos años de la historia económica es en mi opinión, y aun reconociendo otros enfoques posibles, insustituible. Y no es la menos destacable de las cualidades intelectuales de Gabriel Tortella el que haya sido él quien haya coronado con éxito esta tarea. Recuérdese que Moreno Friginals atribuía a los menos influidos por las interpretaciones tradicionales, la labor de combatir los mitos y tópicos e infundir nueva savia a las interpretaciones del pasado.

Jordi Palafox
Universitat de València
e I.V.I.E.

ANGUERA, Pere; BERAMENDI, Justo G.; FORCADELL, Carlos; GONZALEZ DE MOLINA, Manuel; ALMUIÑA, Celso; BLASCO, Ricard; DE LA GRANJA, José Luis; DE RIQUER, Borja, *Illes. Jornades de Debat. Orígens i formació dels nacionalismes a Espanya*, Reus: Edicions del Centre de Lectura, 1994, 261 pp.

El libro reseñado reúne los textos del ciclo de conferencias que, organizado por el Prof. Pere Anguera, tuvo lugar en el Centre de Lectura de Reus en mayo de 1993. Si en un principio cabría pensar que, dada la naturaleza del ciclo, los textos podrían tender a un carácter de divulgación y síntesis, más que a ofrecer perspec-